

Los médicos del Ejército de los Andes Desde los inicios de la Gobernación de Cuyo por el General San Martín hasta la batalla de Chacabuco

Profesor Dr Abel Luis Agüero

En el mes de abril de 1814 San Martín entregó el mando del Ejército del Norte y se retiró a Córdoba. Había comprobado en el terreno las dificultades de vencer a las tropas españolas por el frente del Alto Perú. Una solución alternativa podría ser la de atacar a los peninsulares haciendo base en Chile, donde ya existía un foco de sublevación criolla, y desde allí emprender la lucha avanzando hacia el Perú. Para llevar a cabo ese plan, solicitó y obtuvo del Director Supremo Gervasio de Posadas el nombramiento de Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo, el 10 de agosto de 1814.

Uno de los primeros obstáculos fue el hecho de que poco después, el 2 de octubre de 1814, los chilenos fueron derrotados en Rancagua y los fugitivos debieron refugiarse en Mendoza divididos en dos facciones, dirigidas una por los hermanos Carrera, y otra por Bernardo O'Higgins.

Pero además de los contrastes militares, y la carencia de un ejército al cual debía crear casi de la nada, San Martín era responsable del gobierno civil de Cuyo y debía formar un equipo de colaboradores adecuado para cubrir ambas necesidades. En esta ponencia nos ocuparemos con exclusividad de los médicos y otro personal de salud que se desempeñaron junto al Gran Capitán, dejando otros aspectos de la sanidad en las autorizadas manos de los demás conferenciantes que integran este estrado.

Al llegar a Cuyo, San Martín debe haber tomado razón de los médicos que se desempeñaban en Mendoza y San Juan, pues era público y notorio que en San Luis no se contaba con ningún galeno

en todo el territorio provincial. Debe agregarse a ello que, dado el estado de convulsión de las guerras de la Independencia, era de absoluta necesidad recabar asimismo la opinión política de cada médico, para confiar o no en ellos. Aparecía así una infausta situación, y dice al respecto Francisco Cignoli:

“Los médicos que ejercían en la Provincia de Cuyo en los albores del gobierno patrio habían sido los menos decididos a favor del movimiento emancipador y casi todos los que llegaron a actuar en servicios oficiales estuvieron presos o confinados con anterioridad por sus actuaciones dudosas”.¹

Entre los galenos que se desempeñaban en Cuyo el mismo autor² menciona a los siguientes:

- Juan Antonio Martínez: catalogado como partidario de los realistas y castigado con impuestos extraordinarios. En todo momento intentó dejar en claro que no era un fanático peligroso y que aspiraba a seguir trabajando en su profesión. En 1811 fue cirujano del Hospital de San Antonio regentado por los frailes Betlemitas (*vide infra*), y pese a ser español fue cirujano de la Legión Cívica, y ofreció sus servicios al gobierno al año siguiente, manifestando su adhesión a la causa de Mayo. En 1815 fue designado cirujano de la Ciudad de Mendoza, pero San Martín nunca confió en su sinceridad, por lo que en 1816 indicó fuera trasladado a La Rioja. Hay documentación que prueba su retorno a Cuyo desde 1822.
- José Ignacio Pintos, que se desempeñaba en el puesto de protomédico pero que tampoco mereció la confianza del Libertador.
- José María Gómez, cirujano que vino prisionero de Chile y fue confinado en Mendoza. En octubre de 1817 prestó juramento a la causa americana, por lo cual fue liberado de su pena pero no recibió el aprecio de San Martín.

Correspondencia. Dr Abel Luis Agüero
Correo electrónico: abelluisaguero@gmail.com

- Antonio Martel de la Peña (también llamado de la Sena o de la Pena en otros documentos), quien al igual que el anterior provenía de Chile pero había combatido y prestado servicios sanitarios en la División Auxiliar de Marcos Balcarce enviada al país trasandino en 1813. Un año después, y recomendado por Marcos Balcarce, solicitó al Directorio carta de ciudadanía argentina, la cual le fue acordada.

A esta lista Julio C. Ortiz Guevara³ agrega los nombres de Juan Ignacio García, quien en 1846 fue gobernador interino de Mendoza, y otro grupo integrado por Guillermo Collisberry (que llegó a atender a San Martín), Aman Rawson, Juan Quilles y Juan Parvis, quienes pasaron por la zona entre 1817 y 1818, asentándose algunos de ellos en la región, posteriormente a los hechos sanmartinianos.

Finalmente San Martín extendió su confianza a un único médico de los que residían en Mendoza, el Dr. Juan Isidro Zapata. Así pues, se verá actuar a este médico, a veces en compañía de algún otro, en casi todas las acciones iniciales tomadas en lo referente a la sanidad civil y/o militar de Cuyo.

Los orígenes y la formación médica de Zapata siguen aún siendo discutidos. Como es sabido, en las primeras décadas del siglo XIX, subsistía la antigua división que separaba a los médicos de los cirujanos. Desde la Edad Media los nobles no ejercían tareas manuales, y los médicos, recibidos de tales después de estudios universitarios en latín, no practicaban por sí mismos la cirugía si no que la delegaban (como tarea de villanos) en los barberos cirujanos. De allí que algunos de los galenos ya mencionados se presentaran como cirujanos y no como doctores.

Zapata era según Mitre “un empírico de Lima, hombre de color que lo asistió [a San Martín] en todas sus campañas”:⁴ Por el contrario otros autores⁵ lo consideran de origen chileno y recibido en Lima, posiblemente en el Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando.⁶ San Martín, en sus notas oficiales presentaba a Zapata como “...el profesor de medicina y cirugía Juan Isidro Zapata”.

Otro de los enigmas que se presentaron en ese momento fue el de si la adhesión de Zapata a la causa americana era sincera o figurada. En efecto, según menciona Cignoli,⁷ Zapata prestó servicios desde 1810 en el batallón de granaderos chileno en su lucha por la causa americana. En 1813 fue confinado por Carrera, acusado de propagar ideas contrarias a la libertad del país. Desde su presidio intervino en un levantamiento realista, abortado el cual fue condenado a muerte y luego indultado.

Así fue como llegó a Mendoza, precedido de una fama de buen médico práctico, pero de desafecto a la causa americana.⁸ Su posterior actuación, tanto como médico en el cuidado de San Martín cuanto como cirujano del ejército, al que acompañó hasta la toma de Lima, justifican la afirmación de José Pacífico Otero cuando cita la frase de Barros Arana: “El doctor Zapata era un patriota sincero”.⁹

Cabe pensar entonces, coincidiendo con Barros Arana, que el pasajero españolismo de Zapata se debió más que nada a una reacción a las humillaciones a las que lo estaba sometiendo José Miguel Carrera.

Una vez en posesión del cargo de Gobernador Intendente, San Martín debió abocarse a tomar medidas sanitarias para prevenir daños en la salud de sus gobernados. En el ámbito civil se destacaron medidas como:

El nombramiento de Juan Isidro Zapata y Anacleto García Castellanos como propagadores de la vacuna según lo dispuesto por el Cabildo de Mendoza, con el adiestramiento de vacunadores, cuya función recayó en ocho frailes voluntarios quienes debían además llevar una lista de vacunados. Poco después los religiosos dominicos se dispersaron con la misión de cubrir con la vacuna toda el área de Cuyo en forma obligatoria.

Desde la segunda invasión inglesa la hidrofobia se había extendido por el Río de la Plata hasta llegar a las provincias del interior. Para combatirla, San Martín ordenó por un bando de diciembre de 1814 la prohibición de tener perros sueltos en la vía pública y el sacrificio de los que vagaran sin dueño por las calles.

En 1815 había en Cuyo un Hospital Betlemítico (de San Antonio) en Mendoza y otro, el Hospital de San Juan de Dios, en San Juan. San Luis no tenía hospitales y, peor aún, ningún médico estaba radicado en su jurisdicción. Una de las primeras medidas al respecto fue la creación de dos juntas hospitalarias en Mendoza y San Juan para supervisar los gastos y administrar los establecimientos.

Como al mismo tiempo el proyecto del Libertador consistía en organizar un ejército, se crearon los hospitales militares en Mendoza y en San Juan. En esta última localidad se enviaron a los betlemitas Agustín de la Torre, Toribio Luque y Juan de Dianas para ayudar al Dr. Mariano Videla, o Vilela, como también figura en otros documentos. En 1816 se incorporó al Hospital de San Juan el cirujano Juan Blanco, que a su vez se encargaba de suministrar los medicamentos que recetaba, pues el hospital carecía de botica.

Como complemento de los hospitales se hizo

funcionar dos establecimientos antivenéreos en los cuarteles de artillería y de granaderos.

En esta pobreza de profesionales se destacaba el problema de San Luis, huérfana de todo servicio sanitario. Menciona Cignoli¹⁰ que el 29 de junio de 1816 San Martín solicitó al gobierno un médico para San Luis. Ese pedido pasó entonces a consideración del Instituto Médico Militar, institución oficial que, suprimido el Tribunal del Protomedicato, reunía las funciones de enseñanza de la medicina, control de las profesiones de la salud y militarizaba a los profesionales según las necesidades de las guerras independentistas, y cuyo director era Cosme Mariano Argerich. Pero los pocos médicos disponibles o estaban enfermos o ya habían realizado numerosas campañas; por ese motivo solo se encontró para esa comisión a un extranjero: el italiano Valerio Ardití, que fue enviado a Cuyo.

De estos hechos resulta que los primeros reclutas tal vez fueron examinados por los Dres. Zapata y Martel de la Peña en Mendoza, quienes separaron a los inútiles para el servicio por diferentes causas. Pero ante esta precariedad San Martín hacía notar al Directorio que tenía graves dificultades para organizar un cuerpo de sanidad para su ejército, pues solamente figuraban como galenos el Dr. Zapata y el italiano Ardití, que en agosto de 1816 estaba todavía en camino a Cuyo. Desde Buenos Aires Argerich informó al Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón que solamente disponía de dos profesionales, los cirujanos Benito Fernández y Cesáreo Martínez Niño. Estos fueron inmediatamente puestos en camino a Cuyo. En el mismo informe Argerich aconsejaba buscar otros médicos en Córdoba y a “varios cirujanos ingleses” que podían ser de confianza por sus ideales. Respecto de los cirujanos Fernández y Martínez Niño sus incorporaciones, según dicen Elissalde y Tucilo, no fueron hechas.¹¹ Se sabe que el primero de ellos estaba de vuelta en Buenos Aires en octubre de 1822.¹²

En este estado de la situación, el 24 de septiembre de 1816 el Superior Gobierno emitió los despachos de Cirujano Mayor del Ejército de los Andes al Dr. y Tte. Cnel. de Artillería Diego Paroissien. La importancia de la figura de Paroissien merece un esbozo biográfico algo más detenido, pues él en primer lugar, y Zapata como un excelente complemento, fueron los dos personajes sobre los que se vertebró la Sanidad del Ejército de los Andes.

Nació James Paroissien (conocido en el Río de la Plata como Diego) en Inglaterra en 1783, descendiente de una familia hugonote francesa exiliada en Gran Bretaña por razones religiosas. En 1806 se doctoró en Medicina en la Universidad de Londres.

En ese mismo año se embarcó al servicio de la armada para reforzar la ocupación de Buenos Aires por las tropas inglesas, y ante el fracaso recaló al año siguiente en Río de Janeiro. Allí fue reclutado muy probablemente como espía de la corona británica y enviado a Buenos Aires con la excusa de una exploración minera. Sin embargo, al llegar a Montevideo (todavía en poder de España) fue detenido y se le encontraron comprometedoras cartas acerca de la intención de coronar a la princesa Carlota como reina en el Plata. Por esa causa fue condenado a la pena de muerte, pero enviado a Buenos Aires para ser juzgado por el virrey Cisneros. La Revolución de Mayo fue la causa de su salvación y de su puesta en libertad, gracias a las gestiones del vocal Castelli que había sido su abogado defensor.

Enrolado en la causa americana, actuó como médico de la expedición al Alto Perú y como secretario del comisario político de esta, el cual era el propio Castelli. A su vuelta, y como los médicos eran profesionales que estudiaban química más que los abogados o los teólogos, se le encargó la dirección de la fábrica de armamentos de Córdoba con el grado de Tte. Cnel. de Artillería y se le otorgó la que posiblemente sea primera carta de ciudadanía del país.¹³ La fábrica se destruyó en la explosión del 10 de abril de 1815, y Paroissien tuvo que trasladarse a Buenos Aires. Es allí donde se lo destina como Cirujano Mayor del Ejército de los Andes.

Llegado a su destino, Paroissien captó rápidamente el vínculo que unía a San Martín con Zapata, y sin intentar nada en contra buscó y obtuvo la colaboración del otro médico, al que propuso como segundo jefe y al que nunca disputó el hecho de que Zapata fuera médico de cabecera del Gran Capitán. Es de recordar que de los varios males del general el vómito de sangre era el más impresionante. Tuvo su primera hematemesis en Tucumán en abril de 1814, donde lo atendió el médico norteamericano Colisberry quien volvería a hacerlo cuatro años después en Mendoza.

En enero de 1817 Paroissien elevó la propuesta de integración de los cuadros de la Sanidad del Ejército, que revelaba la carencia del recurso humano. En efecto, de quince integrantes solamente tres tenían estudios completos. Los demás eran cinco Betlemitas (que por la vocación de su orden a la atención de enfermos tenían cierta práctica) y siete civiles. Entre estos civiles cinco eran llamados “practicantes” (¿empíricos tal vez?) y dos pseudo boticarios. Para todos ellos San Martín y Paroissien pedían grado militar, pues la tropa estaba acostumbrada a obedecer a oficiales pero no a simples civiles vestidos de paisanos. Sin embargo, el go-

bierno solamente mantuvo el grado de Tte. Coronel para Paroissien, el de Capitán para Zapata y el de Teniente Primero para el cirujano Ángel Candia. Respecto de este último lo único que he podido averiguar es que su nombre figuraba en la lista de la Fuerza Cívica de los Pardos de Mendoza en 1812.¹⁴

El resto de la dotación estaba compuesto por los Practicantes:

- José Manuel Molina, Rodrigo Sosa, Juan Brisueño, José Gómez, Juan Manuel Potro.
En tanto que los frailes eran los siguientes:
- Fray Antonio de San Alberto, Fray José María de Jesús, Fray Agustín de la Torre, Fray Pedro del Carmen, Fray Toribio Luque.
En cuanto a los boticarios eran:
- José María Mendoza, José Blas Tello.

Este puñado de hombres darían abasto, según los cálculos de San Martín, Paroissien y Zapata, para atender las contingencias de salud de un ejército que debía cruzar los Andes y combatir luego de escalar la montaña, y que contaría con un total de 5423 hombres entre combatientes y servicios de apoyo de combate.¹⁵

Volviendo al relato biográfico de Paroissien, debe mencionarse brevemente la magnífica preparación sanitaria para el cruce, ya mencionada por las distinguidas personalidades que me acompañan, y que redujo en gran parte las bajas que en otro caso hubieran sido mayores. Luego de Chacabuco fue nombrado Cirujano Mayor del ejército chileno. Asistió a O'Higgins con su herida en Cancha Rayada y fue ascendido a Coronel por su valor en Maipú.

Acompañó a San Martín al Perú, donde alcanzó el grado de brigadier y junto a García del Río fue enviado a Europa para tratar acerca del reconocimiento de la independencia americana, y tal vez tentar a un príncipe para ocupar el trono del Perú. No habiendo logrado sus propósitos, Paroissien se quedó en Europa donde recibió a San Martín luego de su renuncia al mando.

De vuelta al Perú se puso a las órdenes de Bolívar hasta finalizar la guerra. Luego actuó como funcionario en empresas mineras hasta probar suerte con un emprendimiento propio que lo llevó a la quiebra. En un viaje marítimo a Valparaíso falleció muy joven a los 44 años.

En párrafos anteriores se ha mencionado la composición del Cuerpo de Sanidad y los petitorios respecto de los grados militares a acordarse a los mismos. Cabe señalar que junto con el grado respectivo se agregaba el sueldo correspondiente. Así a los frailes José María de Jesús, Agustín de la Torre y Pedro del Carmen se los proponía como alféreces

con un sueldo de 15 pesos mensuales, al igual que a Fray Toribio Luque, de quien se comenta que ya tenía grado de alférez pero no sueldo.¹⁶ Con igual grado militar pero con sueldo de 20 pesos eran propuestos José M. Molina, Rodrigo Sosa, Juan Brisueño, José Gómez y Juan M. Porro (o Potro). Fray Antonio de San Alberto y el boticario José Mendoza fueron propuestos como tenientes con una remuneración de 25 y 30 pesos respectivamente. El segundo boticario Blas Tello sería alférez y se le asignarían 20 pesos mensuales. En la nota de denegación de grados militares del gobierno es importante destacar que respecto de los sueldos se destaca que a estos civiles que acompañarían a las tropas: "...sería mejor nombrarlos como en clase de comisión ...y al fin de la campaña podían los que gustasen volver a sus casas recibiendo de mano del General en Jefe (sic) el premio de sus servicios sin estar agregados al Ejército (sic)...".¹⁷

Vale decir que no cobrarían por sus servicios y que al finalizar la campaña el general en jefe debería recompensarlos con los míseros fondos que le quedaran en la caja militar. Tal vez esto no supusiera un terrible inconveniente para los religiosos, pero sí lo era para los laicos que deberían prever la manutención de sus familias. Es posible que pese a todo, los miembros de la sanidad cobraran algo, pues según el Reglamento del Ejército del año 1813 y otras disposiciones posteriores se contemplaba un estipendio para el cirujano.¹⁸

Finalmente debe agregarse una condición más a la labor del Cuerpo de Sanidad. Faltaban en ese entonces muchas décadas hasta llegar a los acuerdos de Ginebra que establecieron la neutralidad de los médicos y sus colaboradores en el campo de batalla. Eso significaba que el médico era entonces considerado personal combatiente y era lícito herirlo o matarlo, aún cuando estuviera prestando socorro a los heridos propios o del enemigo. Honradamente, ante estas condiciones cabe destacar aún más el compromiso y la entrega de los componentes del Cuerpo de Sanidad de los Andes. Ellos marcharon a la guerra sin que hubiera constancia de ningún reclamo o una queja en sus filas.

A lo largo de esta ponencia se ha mencionado en repetidas ocasiones a los frailes de la Orden de Nuestra Señora de Betlem, y dada la importancia de los servicios por ellos prestados es conveniente que se les dedique un párrafo.¹⁹

Los betlemitas o bethlemitas, llamados popularmente Belermos o Barbones a causa de sus largas barbas, eran en ese tiempo la única orden monástica genuinamente americana. Su fundador fue Pedro de San José de Betancurt o Bethencourt,

natural de Tenerife y descendiente de un virrey de las Canarias. Nacido en 1629, Pedro de San José vivió en esas islas hasta los 31 años, cuando se trasladó a Guatemala. Allí comenzó estudios con los jesuitas y abrió una escuela para niños pobres. El desamparo de los indigentes lo conmovió hasta el extremo de abandonar sus intereses y fundar un establecimiento médico llamado "Nuestra Señora de Bethlem" y junto con varios discípulos fundó la Congregación Bethlemita de los Hermanos Hospitalarios, dedicada al servicio de los enfermos. Los frailes eran hermanos legos y no sacerdotes, entre ellos había algunos pocos médicos, otros eran flebotomistas, boticarios o enfermeros, y para todos era obligatorio el estudio de la botánica. Extendidos por toda América, los primeros barbones arribaron a Mendoza en 1763.

No he podido hallar ningún documento que indique si los betlemitas enrolados en el Ejército de los Andes tenían algún estudio, pero es de suponer que algunos lo tendrían por los siguientes indicios: Fray Toribio Luque tenía antes de enrolarse en el Ejército título de asistente de cirujano y Fray Antonio de San Alberto era poseedor del título de asistente del Cirujano Mayor. Entre los civiles enrolados, el boticario Mendoza tenía previamente el título de Primer Boticario del Ejército pero sin partida para su sueldo.

Una vez producidas las altas del personal de Sanidad se siguieron agregando otros profesionales. En 1817 (luego de que el ejército pasa los Andes) se incorporaron el médico Juan Green y el cirujano Francisco Ramiro. En 1818 se envió otro cirujano para la dotación del hospital de campaña llamado Pedro Morán.

Como es sabido, el paso de los Andes fue iniciado a mediados de enero de 1817 por medio de dos columnas principales y cuatro destacamentos destinados a confundir al enemigo. Las divisiones principales eran la de Uspallata junto con el parque de artillería al mando de Las Heras, y la de Los Patos con las divisiones al mando de Soler y O'Higgins con los cuales iba San Martín. En tanto las columnas menores eran hacia el norte del grueso del ejército la del coronel Bautista Cabot por el paso de Guana y la de los coroneles Zelada y Dávila que desde La Rioja pasarían por el paso de Come Caballos. Por el sur marchaba el coronel chileno Ramón Freire por El Planchón y el comandante José Lemos por El Portillo.

El aspecto sanitario del cruce fue minuciosamente planeado. Cada cuerpo tenía a su disposición un cirujano que acompañaba su trayecto y en el bagaje se contaba con un hospital volante ade-

más de contar con otro fijo en Mendoza. Los cálculos de Paroissien hacían prever un 5% de enfermos entre las tropas y los auxiliares por lo cual viajaban también seis carpas de campaña aprovisionadas para su atención. Además del personal de salud ya mencionado pertenecían a la sanidad un número importante de auxiliares: 20 sirvientes, 6 cabos de sala, 2 rancheros, y 4 sirvientes extras, tomados de las milicias de San Luis.²¹ El grueso de estos pertrechos se supone que pasaron por Los Patos, en tanto que la división de Las Heras recibió los servicios de algún personal médico y un botiquín de emergencia. Paroissien acompañó a San Martín en el cruce por Los Patos, en tanto que con Las Heras prestaron servicio en el cruce José Manuel Molina y Fray José Toribio Luque.

El 12 de febrero de 1817 se produjo la batalla de Chacabuco, durante la cual el personal militar tuvo prohibido retirar a los heridos que no pudieran valerse por sí mismos ya que, decía el bando de San Martín, cada herido necesitaría de cuatro ayudantes y no era el ejército tan numeroso como para debilitarse de esa forma. Pero una vez terminada la acción, los necesitados de asistencia fueron internados en el Hospital de San Borja bajo los cuidados del Dr. Zapata y de Fray Antonio de San Alberto.

Acerca de los cirujanos de las columnas auxiliares se han podido obtener algunos datos del contingente de Cabot (División Sanjuanina). Actuó allí el cirujano irlandés (así lo califica su jefe) Juan Blanco que mereció ser recomendado por Cabot. Ya en el mes de abril de 1817 el mismo Cabot admitió a sus órdenes al cirujano Jorge Edwards de origen inglés y que venía a reemplazar la vacante dejada por Blanco.

A lo largo de la campaña de Chile fueron regresando a Mendoza los religiosos y empíricos que componían el Cuerpo de Sanidad. Ya en nuestra patria el gobierno de Cuyo recompensó en lo que pudo sus servicios. La única excepción fue la de Fray Antonio de San Alberto. Este religioso aparece ya como enfermero en el Ejército de la Banda Oriental en el año de 1812. Garzón Maceda²² lo ubica como director del Hospital San Roque de Córdoba en 1815. Posteriormente se lo encuentra en Mendoza y de allí parte con el Ejército de los Andes. Continuó toda la campaña de Chile y luego embarcó con San Martín al Perú. En 1823 fue médico de cámara de Bolívar y asistió a la batalla de Ayacucho.

De todos los otros empíricos y frailes casi nada más se sabe, se desvanecieron en la historia con la misma modestia con que habían actuado en la campaña de Los Andes, llevándose con ellos el recuerdo de sus hazañas.

Bibliografía

1. Cignoli F. La Sanidad y el Cuerpo Médico de los Ejércitos Libertadores. Rosario, Editorial Rosario S. A., 1951; pág. 201.
2. Cignoli F. Opus cit.; págs. 202 y ss.
3. Aznárez EP. La medicina en Mendoza de 1810 a 1825. Historia General de la Medicina Argentina. Córdoba. Universidad de Córdoba 1976; tomo 1: pág. 177.
4. Mitre B. Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana. Buenos Aires. Albatros 1950; tomo 1: pág. 371.
5. Lastres JB. La medicina en la época de la emancipación. Lima. Anales de la Facultad de Medicina. Segundo trimestre de 1951.
6. Buroni J. Conferencia pronunciada en la Sociedad Argentina de Historia de la Medicina; 2016.
7. Cignoli F. Opus cit; pág. 214 y ss.
8. Carelli A. Historia de los servicios médicos para el Ejército de los Andes durante la campaña libertadora del Gral. San Martín. San Juan; 1946.
9. Otero JP. Historia del Libertador don José de San Martín. Buenos Aires. Círculo Militar; págs. 246-247.
10. Cignoli F. Opus cit; págs. 197-198.
11. Elizalde RL, Tucillo F. La Sanidad y los Médicos del Ejército de los Andes. Buenos Aires. Todo es Historia. Enero de 2017; pág. 39.
12. Cignoli F. Opus cit; págs. 206-207.
13. Cignoli F. Opus cit; pág. 276.
14. Cignoli F. Opus cit; pág. 261.
15. Furlong GSJ. El cruce de los Andes. En: San Martín Libertador de América. Buenos Aires. Instituto Nacional Sanmartiniano y Editorial Manrique Zago; 2000.
16. Cignoli F. Opus cit; pág. 220.
17. Cignoli F. Opus cit; pág. 221.
18. Cignoli F. Opus cit; pág. 222.
19. Cf. Furlong, G.S.J. Médicos Argentinos durante la dominación hispánica. Buenos Aires Harpes. 1947; págs. 235 y ss.
20. Agüero AL. Salud, Guerra y Sociedad en el conflicto entre las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil. Buenos Aires, tesis de doctorado en medicina Facultad de Medicina, UBA. 1986; tomo 1: págs 149 y ss.
21. Cignoli F. Opus cit.; pág. 227.
22. Garzón Maceda F. La Medicina en Córdoba. Buenos Aires Rodriguez Giles 1916; tomo 1.